

Mónica Echeverría Yáñez, en su aménisimo estudio biográfico de Inés Echeverría Bello de Larraín, *Iris* -obra que constituye toda una pintura de época- da más de un jeme de crédito a la especie tan extendida un tiempo de que don Arturo Alessandri Palma, don Eliodoro Yáñez y el novelista Fernando Santiván se sintieron irresistiblemente atraídos por el enorme poder de sugestión de esta mujer que, sin ser exactamente bella y hallarse casada con un ejemplar de hombre magnífico, instalada en el centro del gran mundo de una sociedad patriarcal, proyectaba, mucho más allá de su círculo y de su clase, su infinita voluntad de estilo.



Doña Inés

Por Luis Sánchez Latorre

"Si los escritores forman colonia exótica dentro de Chile -escribe Hernán Díaz Arrieta de 1931-, las escritoras constituyen un accidente que podría llamarse y, en cierto modo, se considera patológico. Esta ilustre dama, nieta de Bello, entroncada en plena aristocracia, siente rubor de su talento y no se atreve a firmar uno de los mejores libros nacionales, 'Hacia el Oriente', relato de una peregrinación a Tierra Santa que se publicó anónimo...".

No está de más imaginar lo que debe de haber significado para una mujer consagrarse a la literatura en los primeros decenios de este siglo. Santiago, la capital del país, tenía en 1909 trescientos cincuenta mil habitantes. Como en la sugerente comedia inglesa "Mundos individuales", en la ciudad de Santiago el conglomerado social lo formaban "los de arriba y los de abajo". La clase media no alcanzaba a exhibir presencia neta. De hecho, casi no existía. Eso que ahora los jefes de gobierno llaman "la gente" sin saber muy bien en qué consiste, entonces era "pueblo". De aquí brotaban los "siuticos" que, andando la historia y sacudiéndose el sambenito de la siutiquería, iban a convertirse en personas de clase media. Los lectores de aquellos días se reclutaban obviamente entre las familias de mayores recursos. Las obras escritas en Chile por chilenos suscitaban indisimulada desconfianza. Para el "afrancesamiento" general de la cultura de la época, escribir, y sobre todo escribir bien, era patrimonio de intelectuales europeos.

Se comprende así que escritores del siglo XIX como Vicente Pérez Rosales, los hermanos Domingo y Justo Arteaga Alemarte, Victorino Lastarria, José Zapi-

la, y más tarde, Alberto Blest Gana, Luis Orrego Luco y la propia Inés Echeverría Bello, *Iris*, se transformarían en revolucionarios para los suyos. Asumían gratuitamente la responsabilidad no sólo de desasnar a los incultos, sino, principalmente, la responsabilidad de desasnar a los cultos.

No es raro que para hombre modernos y avisados como Arturo Alessandri, Eliodoro Yáñez y Fernando Santiván, un Adonis atlético este último, *Iris*, la escritora que había heredado la arrogancia y la desaprensión social de la abuela conocida como la "mamita Reyes" (doña Rosario) resultara una musa fascinante. Don Arturo se encargaría a través de la actividad política y del terremoto social que encarnaría su influencia en los años 20 de abrir las compuertas a la consolidación y ascenso al poder de la clase media. Don Eliodoro Yáñez ofrecería la propuesta del establecimiento de un liberalismo nuevo, sin prejuicios, mediante la fundación de un diario dirigido especialmente a la ilustración del pueblo y de las nuevas clases en progreso. Fernando Santiván, a su turno, tanto al frente de "Zig-Zag" como en la composición de sus relatos novelados otorgaría una dimensión superior al carácter de la aventura renovadora del hombre.

Un escritor alemán recordaba que cuando Goethe escribió su *Fausto* los habitantes del Gran Ducado de Weimar eran en un noventa por ciento analfabetos. Arte y literatura eran privilegio de una poquísima élite, apunta Ernst Fischer. Y agrega: "Pero la sociedad industrial necesita hombres que sepan leer y escribir. Con la industria aumentaron los conocimientos y las necesidades. Una de las tareas más importantes del arte ha sido, escribía Walter Benjamin, crear una demanda para la cual aún no ha sonado la hora de la satisfacción total".

Todavía en 1930 el analfabetismo ejercía incontestable predominio en innumerables zonas populares de Santiago. Ya habían surgido D'Halmir, Neruda, Huidobro y Edwards Bello. El interés por estos escritores lo agitaban los que habían logrado romper la costra del viejo prejuicio: "si es chileno es malo".

Doña Inés [artículo] Luis Sánchez Latorre.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-2007

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Doña Inés [artículo] Luis Sánchez Latorre. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile